

Revisión Crítica de la Metodología Freudiana: Los “Cambios de Vía”, un Concepto Olvidado

Ignacio Iglesias Colillas

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

A critical review of the Freudian methodology: The “track switch”, a forgotten concept

This paper proposes a critical review of some aspects of Freudian methodology, especially those concerning how the analyst exchanges words with the patient. It also intends to retrieve the fundamental Freudian concept of “track switch”. A critical epistemological review to some Freudian texts is used to explore the concept of “track switch”, carrying out a rigorous analysis of fragments of the Dora case, as it is a widely read and commented piece of clinical material. However, not many studies centre on an analysis of these characteristics. Throughout this study, some essential concepts for the psychoanalytic approach of hysteria, including brief contributions from J. Lacan that allow for a more thorough understanding of the methodological aspects of psychoanalysis are revealed..

Keywords: Freudian methodology, Lacan, Dora’s case, track switch.

El presente trabajo propone una revisión crítica de algunos aspectos de la metodología freudiana, especialmente los concernientes al cómo el analista interviene en el intercambio de palabras con el paciente, y pretende rescatar un concepto fundamental de los textos freudianos denominado “cambio de vía”. Se abordan algunos de los textos de Freud desde una perspectiva epistemológica crítica, y para realizar dicha tarea y explorar el concepto “cambio de vía” abrevaremos en un riguroso análisis de algunos fragmentos del caso Dora ya que se trata de un material clínico habitualmente muy leído y comentado. Sin embargo, no abundan trabajos que se detengan en un análisis de estas características. En el recorrido del ensayo se relevan al mismo tiempo algunos de los conceptos fundamentales para el abordaje psicoanalítico de la histeria y se incluyen algunos aportes de J. Lacan que permiten comprender mejor los aspectos metodológicos del psicoanálisis.

Palabras clave: metodología Freudiana, Lacan, caso Dora, track switch.

Un poco de metodología

No pocas veces surge la pregunta sobre el “cómo hacer” con el discurso del paciente, con lo que el paciente nos cuenta y con lo que calla, con sus quejas y sus problemas. Estas cuestiones pueden reducirse a la pregunta por la «técnica» de la psicoterapia, que sea de la orientación que sea, consiste en un intercambio de palabras. En relación a la técnica freudiana, se puede constatar que este tema ha sido frecuentemente omitido en las discusiones científicas, menoscabando el rigor técnico del psicoanálisis.

Para seguir indagando y profundizando en estas cuestiones, detengámonos en el análisis del caso Dora, utilizándolo como el escenario de problematización. Si bien se lo ha comentado muy extensamente, no sobran los trabajos que apunten a dilucidar cómo es que Freud construye sus premisas, cómo llega a formular sus hipótesis y cómo las fundamenta.

Sostenemos que pocas veces se ha abordado el “caso Dora” desde una *perspectiva epistemológica*, y es nuestra intención hacerlo. Para ello nos detendremos especialmente en el análisis de los sueños para *colocar en primer plano la importancia del concepto freudiano denominado “cambio de vía”*, e intentaremos demostrar que es un “concepto llave” para realizar la lectura epistemológica pretendida. Daremos por supuesto que el lector tiene un conocimiento más o menos profundo del caso, de manera tal de focalizarnos en la tesis sugerida.

¿Cuál es el “material” del psicoanálisis?

La intención de Freud al publicar este historial era *“ilustrar el modo en que la interpretación del sueño se inserta en el trabajo del análisis”* (Freud, 2000, p. 15) ya que según su experiencia, había sueños que *“parecían reclamar su inserción en la trama, de tan larga urdimbre, entre un síntoma de la enfermedad y una idea patógena”* (ibid). Este historial clínico, si bien presenta errores técnicos y se lo puede considerar incluso como un fracaso terapéutico, es de todos modos muy rico en cuanto a indicaciones técnicas sobre cómo acceder a lo reprimido partiendo del relato del paciente y está plagado de instructivas indicaciones metodológicas. *“Por la naturaleza de las cosas que constituyen el material del psicoanálisis –sostiene Freud– se infiere que en nuestros historiales clínicos debemos prestar tanta atención a las condiciones puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos. Por sobre todo, nuestro interés se dirigirá a las relaciones familiares de los enfermos”* (Freud, 2000, p. 18). Ahora bien, esto no quiere decir exactamente preguntarle al paciente “cómo se lleva” con su papá o con su mamá, sino que se relaciona más bien con la *materialidad* de lo que el paciente *dice*, con la *literalidad* de sus *dichos*: con su *enunciación*, término que Lacan ha sabido elevar a

la dimensión de *concepto* para los analistas. Lacan incluso llegará a afirmar que el Ser del hombre al cual se accede en una experiencia psicoanalítica es un “hecho de dicho” radicalizando esta perspectiva metodológica.

Señalemos ahora cuáles son las coordenadas en las cuales Dora llega a Freud y cuál era la sintomatología que la aquejaba.

Si bien se habían conocido cuando Dora tenía 16 años, el tratamiento con Freud comienza a sus 18, y es el padre de la muchacha quien los presenta, ya que Freud lo había tratado a éste último clínicamente debido a una infección luética, es decir por sífilis, adquirida en aventuras extramatrimoniales, temática nodal del padecimiento de Dora.

El “armazón del padre”

Cuando Freud describe el “círculo familiar” nos hace notar la dominancia que ejercía la figura del padre sobre el mismo, y nos dice que los rasgos de su persona *“proporcionaron el armazón en torno del cual se edificó la historia infantil y patológica de la paciente”* (ibid).

¿Qué quiere decir esto último? Podemos establecer como mínimo dos orientaciones al respecto:

La primera apunta al concepto de “identificación viril”, concepto lacaniano que no hace más que elevar a *rasgo estructural* un dato que Freud releva a lo largo de todo el historial: que Dora se identifica con todos los hombres que circulan por su vida y que es desde esa identificación imaginaria desde donde Dora plantea sus quejas histéricas. Pero por otro lado –y consideramos que esto es lo más importante en la teorización lacaniana–, este concepto también da cuenta de aquello que Freud denominó “corriente homosexual” (Freud, 2000, p. 53), las corrientes de sentimientos varoniles –*ginecófilos*– que *“han de considerarse típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas”* (Freud, 2000, p. 56). Conceptualmente hablando, la “corriente homosexual” es la que se corresponde al “Complejo de Edipo negativo”. Recuérdese que en el “Complejo de Edipo negativo”, la niña se identifica al padre –*identificación*– para tomar como objeto de amor/interés a la madre –*elección de objeto*–. Las identificaciones dan cuenta del *Ser*, así como las elecciones de objeto dan cuenta del *tener*, y la dialéctica entre *Ser* y *Tener* queda articulada por el concepto de *Falo* en tanto *significante de la falta*. Freud hizo demás hincapié en la vertiente positiva del Complejo de Edipo, dirigiendo desde ahí sus intervenciones. Esto se evidencia con facilidad si consideramos que Freud pensaba que Dora se refugiaba en el amor al padre para no ceder ante la tentación sexual hacia el Sr. K., de quien estaría inconscientemente enamorada. Lacan lleva al rango de elemento estructural al concepto de “Identificación viril”, retomando las cosas en el punto exacto donde a Freud se le estancaron, por así decir. Es entonces el “Complejo de Edipo negativo” la “llave” para descifrar la historia, según Lacan.

La segunda puede leerse desde otra perspectiva: la de la *Demanda*. Dora, a lo largo de todo el historial, se queja ante Freud de que el padre no deja de verse con la Sra. K. y que ella es entregada como un objeto de intercambio que posibilita esos encuentros clandestinos. Se puede sostener que de lo que se trata es de una *Demanda oral hacia el padre*. Decimos “oral” porque lo que está en juego es lo que el Sujeto le pide al Otro, siendo una Demanda “anal” lo que el Otro le pide al Sujeto. Esa formulación permite sustraer las nociones freudianas del campo Imaginario, es decir, no importa si Dora se chupaba o no el dedo cuando era una niña. Lo que importa es lo que ella dice. Y más aún, el *desde dónde* lo dice. Insistimos, Dora le pide al padre que deje a la Sra. K., y esto es una suerte de columna vertebral de su padecimiento que conceptualmente nos sirve para recortar de qué objeto de goce se trata, qué “objeto a” está en juego. En este caso, se trata del “objeto oral”, término lacaniano convergente con la primacía otorgada por Freud a la pulsión oral en las histerias. Esta Demanda oral puede entrecerse desde antes de la consulta con Freud. Inmediatamente antes –en términos lógicos– de que Dora se encuentre con Freud, ella había tenido una discusión con el padre en la cual le exigía que deje de ver a la Sra. K. y tras este intercambio de palabras –que Freud califica de “infimo” intercambio– Dora sufre un primer ataque con pérdida de conocimiento, en el cual parece que también se presentaron delirios y convulsiones (Freud, 2000, p. 22), y respecto del cual también persistió una amnesia. Entonces, la *Demanda Oral* en cuestión ya está funcionando en la producción sintomática y articulará todos los síntomas centrales de la muchacha.

No por nada, en el Seminario 24, dictado entre 1976 y 1977, Lacan afirma que todos los casos de histeria presentados por Freud se sostienen del amor al padre en tanto armadura (Lacan, inédito, p. 24), retomando lo planteado por Freud en la introducción del historial.

El cuadro clínico

El *cuadro clínico* es descrito por Freud de la siguiente manera: “*los signos principales de su enfermedad eran ahora una desazón y una alteración del carácter. Era evidente que no estaba satisfecha consigo misma ni con los suyos, enfrentaba hostilmente a su padre y no se entendía con su madre (...). Buscaba evitar el trato social; cuando el cansancio y la dispersión mental de que se quejaba se le permitían, acudía a conferencias para damas y cultivaba estudios más serios. Un día los padres se horrorizaron al hallar una carta en la que se despedía de ellos porque ya no podía soportar más la vida*” (Freud, 2000, p. 22). Luego de esto último los padres determinan que Dora debía comenzar el tratamiento con Freud, muy a pesar de ella. Esto no es un elemento menor cuando se coteja y discute por qué Freud no “curó” a Dora; todo indica que ella nunca se

implicó ni se comprometió realmente en el análisis, si bien asociaba libremente y le contaba a Freud lo que él quería escuchar. Queda la posibilidad de que sólo haya sido una maniobra más para complacer a su padre de quien tanto se quejaba, para “moverlo a compasión” (Freud, 2000, p. 41) quizás. Y esto no es ninguna paradoja, ya que la histérica va en la misma dirección de aquello de lo que se queja, como también puede destacarse en su complicidad en el asunto de la infidelidad del padre: ella cuidaba los niños a los K, permitiendo indirectamente que su padre y la Sra. K se encuentren libremente. Ella podría haberse rehusado a cuidarlos pero no lo hace, ella los cuidaba y se había hecho amiga de la Sra. K incluso, conducta absolutamente contradictoria en términos racionales, más no en los términos de la economía de su goce. Como se sabe, esto prosiguió hasta el “requerimiento amoroso” del Sr. K. en la escena del lago, verdadero punto de inflexión del historial.

Pero volvamos al cuadro clínico. Freud lo designa como “*petite hystérie*”, “*con los más corrientes síntomas somáticos y psíquicos: disnea, tussis nervosa, afonía, quizás también migrañas; además desazón, insociabilidad histérica y un taedium vitae*” (Freud, 2000, p. 22). Si agregamos a la desazón, la insociabilidad histérica y al *taedium vitae* el hecho de que no estaba satisfecha consigo misma ni con los suyos, que padecía de dispersión mental y cansancio crónicos y que además sentía repugnancia por los alimentos, perfectamente podemos configurar un cuadro “depresivo”. Pero Freud no conceptualiza la clínica desde la presentación fenomenológica, ya que no encuentra algo específico en este tipo de abordaje. Lo específico de lo que Freud sí da cuenta es el *mecanismo de la formación de los síntomas*. En este sentido, encontramos al menos 4 conceptos en el historial que se presentan sobredeterminando al síntoma: “*solicitud somática*”, “*identificaciones*”, “*fantasías*” y “*vivencias de eficacia patógena*”, es decir, cuatro términos relacionados a la “etiopatogenia”; en otras palabras, nos referimos al *cómo se producen* los síntomas, siendo necesario para su producción dos partes: lo anímico y lo somático. Ninguna de estas dos partes prevalece, sino que de lo que se trata es más bien del punto de su desencuentro: la *pulsión*, en tanto frontera de lo anímico y lo somático es lo que estará “en causa”. Allí arriba Freud en 1905, a que el cuerpo y el alma siempre se desencuentran, no conviven armónicamente en una juntura equilibrada y homeostática. La histérica no hace más que dar un testimonio privilegiado de esto último.

La etiopatogenia y el análisis de los síntomas

Antes de sumergirnos de lleno en el recorte de análisis propiamente metodológico, quisiéramos comentar brevemente cuáles son los síntomas centrales del caso Dora y cómo se relacionan estos últimos con sus distintas determinaciones y “*vestimentos psíquicos*” (Freud, 2000, p. 73).

Se sabe que Freud utilizó la metáfora del “*grano de arena en torno del cual el molusco forma la perla*” (ibid) para hacer alusión a lo orgánicamente condicionado del síntoma, pero cuando se hila un poco más fino se llega a la “fijación pulsional” como aquello que deja marcas en el cuerpo, designando las zonas del organismo que a partir de esas trazas se convertirán en “erógenas”; es ésta *fijación pulsional* la que “condiciona a lo somático” designándola como punto de fijación, y luego esta “zona” (erógena) funciona como “solicitud somática”, es decir, convoca, llama, solicita que determinados conflictos inconscientes se expresen en determinado lugar del cuerpo. Pero también es cierto que Freud se valió de otras dos metáforas para hacer referencia a este tema: una puede llamarse la “metáfora de la guirnalda”. Dice Freud en relación al asco ligado al *fluor albus* de Dora: “*conjeturo que están en juego aquí unas ilaciones inconscientes de pensamiento urdidas sobre una trama orgánica prefigurada, como lo está la guirnalda sobre el armazón de alambre*” (Freud, 2000, p. 74). Por último, también encontramos la siguiente cita respecto del síntoma: “*el síntoma se asemeja a un odre viejo que es llenado con vino nuevo*” (Freud, 2000, p. 48). Tenemos entonces tres metáforas que apuntan a señalar que “el factor orgánico” —la solicitud somática y la antedicha fijación— es un proceso que ocurre en principio una única vez, es algo enunciabile en singular. Esto a diferencia de los otros conceptos que aparecen relacionados a la formación de síntomas: las fantasías y las identificaciones, que, como puede deducirse, son múltiples y plurales, al menos en la histeria. La metáfora de la guirnalda nos parece particularmente interesante. Por un lado, podría ser considerada en relación a un anillo, a un “nudo trivial” diría Lacan apelando a una terminología topológica, un agujero en torno del cual se van urdiendo representaciones inconscientes, fantasías, etc., es decir, *significantes*. Por el otro, es la metáfora “menos imaginaria” si se quiere, ya que la guirnalda se enrosca alrededor de un anillo de alambre, un sólido que designa un agujero, un vacío.

Despleguemos ahora sí los síntomas principales de Dora: la *tos* (que Freud piensa más bien como un complejo sintomático *tos* – *afonía*), la *disnea* y el *fluor albus* (catarro vaginal). Se puede constatar que para estos tres síntomas Freud ubica una *solicitud somática*, *fantasías* e *identificaciones*. Ahora bien, ¿cuál sería la solicitud somática del *fluor albus*? Parece que Freud hace coincidir aquí la masturbación infantil —el mojarse en la cama debido a la excitación sexual y la enuresis como un desplazamiento de esto último— con la solicitud somática, sosteniendo que la masturbación es la solicitud somática de ese síntoma. Por otro lado, el “catarro” vaginal es el “*cambio de vía del significado*” (Freud, 2000, p. 74) que permite dilucidar las determinaciones del “catarro” bronquial, la tos. La palabra alemana que utiliza Freud para “*cambio de vía*” es “*wechsel*”, que quiere decir, entre otras cosas, “*cambio de vía*”, “*mudanza*” y “*letra de cambio*”. Aquí comenzamos a acercarnos a lo medular de este breve ensayo. “Cambio de vía” pareciera aludir al cam-

bio de rumbo que se le puede imprimir al vagón de un tren, y a lo que Freud hace referencia al utilizar el vocablo “*wechsel*” parece ir cómo mínimo en esa dirección: el cómo una palabra —un *punte verbal*— permite el *cambio de vía en las asociaciones*, accediéndose de este modo a los pensamientos reprimidos en el síntoma, es decir, a lo Inconsciente. Pero también es muy interesante la otra acepción de *wechsel*, la “letra de cambio”. ¿Qué es una “letra de cambio”? Se trata del título de crédito o de valor formal y completo que contiene una orden incondicionada y abstracta de hacer pagar a su vencimiento al tomador o a su orden una suma de dinero en un lugar determinado, vinculando solidariamente a todos los que en ella intervienen. Se habrá notado que esta acepción nos remite al campo económico, nada novedoso en Freud seguramente, pero de todos modos muy destacable. ¿Por qué? Porque casualmente las palabras que funcionan como “cambios de vía” implican un “valor formal” pero en términos lingüísticos —funcionan como “puentes verbales” (Freud, 2000, p. 79)— por lo que ellos dicen en su literalidad, por su efecto significante, y no por su significado. No es novedoso en absoluto señalar las relaciones entre dinero y libido; se puede hablar incluso del “capital libidinal” invertido en el síntoma. En el caso del síntoma histérico, no es forzar las cosas decir que en lugar de “una suma de dinero en un lugar determinado”, se trata de una suma de libido catectizando una determinada zona erógena, siendo la “letra de cambio” —si se nos permite expandir un poco más la metáfora— el equivalente a las “letras del síntoma”, entendiendo por “letras del síntoma” lo que es designado literalmente en las palabras con las cuales un sujeto hace referencia a su síntoma (queja, anhelo, despecho, odio, etc.).

Resaltemos entonces que lo que “conecta” al *fluor albus* con la tos no es otra cosa que una asociación significativa. El *fluor albus* muestra muy claramente la incidencia directa de la masturbación infantil en la neurosis adulta. Recuérdese en este contexto la importancia que tenían los reproches de Dora hacia el padre, y cómo Freud demuestra que esos reproches son más bien *autorreproches*, autorreproches por un goce incestuoso, otra forma de leer “masturbación infantil” en Freud.

Lo que Freud llama “*revestimientos psíquicos*” son entonces las fantasías y las identificaciones, aquello que “*reviste*” o que “*envuelve*” al factor orgánico, que en última instancia es el goce pulsional. De ahí la relevancia de las ya mencionadas metáforas: la guirnalda, el odre de vino, el grano de arena.

La degradación de la femineidad “a la letra”: los “cambios de vía” en la metodología de Freud y los aportes de Lacan

Siendo la cuestión de la femineidad una problemática central en la histeria, ¿cómo abordarla en términos metodológicos? Proponemos en esta dirección utilizar la siguiente

pregunta: ¿se puede demostrar en el texto, en las enunciaciones mismas de Dora, en sus significantes, la degradación que ella hace de lo femenino? Por otra parte, y en relación a otro aspecto fundamental de la estructura histérica, ¿cómo ubicamos el deseo insatisfecho en el caso Dora? Antes de ahondar en estas cuestiones, preguntémosnos primero qué es un “diagnóstico” pensado en términos lacanianos, ya que quizás esto nos aporte precisiones clínicamente relevantes y metodológicamente destacables.

Si seguimos algunos de los desarrollos del seminario 16 denominado “De un Otro al otro”, vemos que Lacan nos propone pensar “*las relaciones de tensión entre el sujeto y cierto número de términos*”, padre y madre (Lacan, 2008, p. 306) por ejemplo. Pero estos términos sólo adquieren peso en relación al Saber, al goce y al objeto. Aquí quedan claramente relacionados la enunciación, el goce y el Saber. Contamos también con las indicaciones de “*La dirección de la cura y los principios de su poder*”, por sólo citar algunos pasajes relevantes en relación al tema de interés. En este escrito encontramos un subtítulo que reza “*Hay que tomar el deseo a la letra*” (Lacan, 1988, p. 600). ¿Hemos tomado el deseo a la letra en Dora?

Como lo habíamos adelantado al inicio de este trabajo, nos apoyaremos en un recorte del análisis del primer sueño tal como lo presenta Freud en el historial para explorar su *metodología* de trabajo, y así ubicar la raíz de algunos de los conceptos centrales que hoy acuñamos sobre la histeria. Afirmamos que dichos conceptos son inseparables de la *técnica del análisis*, y que se puede situar una *interpretación* en particular que abre e inaugura nuevas cadenas asociativas a partir de una *corte literal* en una de las palabras del contenido manifiesto del sueño. Me refiero a la palabra “alhajero” («*Schmuckkästchen*»). Recuérdese que el primer sueño fue una reacción ante la escena del lago y que se trataba de un sueño recurrente porque respondía según Freud a un designio: sustraerse de las persecuciones amorosas del Sr. K.

El texto del sueño es el siguiente: “*en una casa hay un incendio –contó Dora–; mi padre está frente a mi cama y me despierta. Me visto con rapidez. Mamá pretende todavía salvar su alhajero, pero papá dice: «No quiero que yo y mis dos hijos nos quememos a causa de tu alhajero». Descendemos de prisa por las escaleras, y una vez abajo me despierto*” (Freud, 2000, p. 57).

Detengámonos en la siguiente intervención de Freud:

–Freud: “¿Qué hay sobre el alhajero, que su madre quiere salvar?”

–Dora: “*A mamá le gustan mucho las alhajas y papá le ha regalado unas cuantas*”.

–Freud: ¿Y a usted?”

–Dora: “*También a mí las alhajas me gustaban mucho antes; desde la enfermedad no llevo ninguna... Hace unos cuatro años (un año antes del sueño) hubo una gran disputa entre papá y mamá a causa de una alhaja. Ella quería algo muy especial, unos pendientes de gotas de perlas {Tropfen von Perlen}. Pero a papá no le gustaban, y en lugar de*

las gotas le trajo una pulsera. Ella se puso furiosa y le dijo que ya que había gastado tanto dinero en regalarle algo que no le gustaba, que se lo regalase a otra”.

–Freud: ¿Y usted habrá pensado que de buena gana lo tomaría?”

–Dora: “*No sé; de ningún modo sé cómo aparece mamá en el sueño; ella no se encontraba en ese tiempo en L.*”.

–Freud: Después se lo explicaré. Entonces, ¿no se le ocurre nada más sobre el alhajero {*Schmuckkästchen*}? Hasta ahora habló solamente de alhajas {*Schmuck*}, y nada dijo de una cajita {*kästchen*}.

–Dora: “*Sí, el señor K. me había regalado algún tiempo antes un costoso alhajero*”.

–Freud: Entonces correspondía retribuir el obsequio. Quizás usted no sabe que “alhajero” es una designación preferida para lo mismo a que usted aludió no hace mucho con la carterita de mano (Freud, 2000, p. 67): los genitales femeninos.

–Dora: “*Sabía que usted diría eso*” (Freud, 2000, p. 61).

Hasta aquí el fragmento del diálogo. Señalemos algunos puntos relevantes de esta secuencia de discurso y acerquémonos a ella como cuando desciframos un texto. Hay una intervención que hace Freud que es central porque abre una nueva dimensión asociativa, inaugura nuevas cadenas significantes que no estaban en lo manifiesto del discurso... o mejor dicho, estaban cifradas en la literalidad de lo que Dora decía. Nos referimos al corte hecho en la palabra “alhajero”: “*Schmuckkästchen*”. Freud corta esta palabra en dos: en “*Schmuck*” –alhaja– y “*Kästchen*” –cajita–. Ahora bien, las significaciones que se desprenden de “*Kästchen*” no aparecían en los “sentidos” o “significados” de los dichos de Dora. Es Freud quien introduce con su intervención el “*Kästchen*”, y aparte al introducirlo en su alusión a lo que Dora no estaba diciendo (“*Hasta ahora habló solamente de alhajas {Schmuck}, y nada dijo de una cajita {kästchen}*”) lo hace resonar con otra situación clínica en la cual Dora corrobora indirectamente la represión de la sexualidad infantil con una acción sintomática: meter y sacar el dedo de la carterita bivalva.

Queda expuesto con bastante claridad qué “escuchó” Freud; si bien es cierto que Freud se apoya en “simbolismos” más o menos cuestionables, que pueden o no ser útiles en nuestra cultura y en nuestra época, no es a partir de ellos que Freud articula sus premisas, sino al revés: *dichos simbolismos son evocados en razón de la interpretación literal de una secuencia significativa*, en este caso del corte: *Schmuck / Kästchen*, (“alhajero” –*Schmuckkästchen*–) desprendiendo de dicha palabra lo que Dora pretendía obliterar: la alusión a los genitales femeninos. Y nótese también que aquello que se pretende ocultar en los enunciados reaparece en la *enunciación*. Insistimos, los elementos ocultos que emergen son un producto de la intervención analítica, no es algo que vaya de suyo o que aparezca espontáneamente en el relato.

Profundicemos ahora en cómo dicha intervención permite aislar ciertos significantes, ciertas palabras que Freud denominó “cambios de vía”, como venimos adelantando hace algunas páginas.

Dejaremos de lado algunos detalles del sueño y de su interpretación para resaltar nuestro hilo conductor de este ensayo. Hay al menos tres palabras fundamentales que Freud designa como “cambios de vía”: “mojadura”, “gotas” y “catarro”. ¿Por qué les adjudica ese nombre? Intentemos analizar esto último. Freud sostiene que en los pensamientos oníricos, “mojadura” recibe “el papel de un punto nodal para varios círculos de representaciones. “Mojadura” no pertenece sólo al mojarse en la cama, sino al círculo de los pensamientos de tentación sexual que, sofocados, están presentes tras este contenido onírico. Ella sabe que hay también un “mojarse” a raíz del comercio sexual, que en el coito el hombre regala a la mujer algo líquido en *forma de gotas*. Ella sabe que el peligro reside justamente en eso, que es asunto de ella precaverse de que los genitales le sean mojados” (Freud, 2000, p. 78-79) –comenta Freud–. Pero consideramos que lo central es poder ubicar cómo estas tres palabras –estos tres significantes– se interrelacionan entretejiendo una trama. Sigamos el texto en detalle. “Con ‘mojadura’ y ‘gotas’ –prosigue Freud– se abre al mismo tiempo el otro círculo asociativo, el del asqueroso catarro, que en sus años más maduros tiene sin duda el mismo significado vergonzoso que el mojarse en la cama en la niñez. ‘Mojado’ tiene aquí el mismo significado que ‘ensuciado’. Los genitales, que deben mantenerse limpios, ya han sido ensuciados por el catarro; por lo demás, lo mismo le ocurrió a su mamá” (ibid). La función que parecen tener estas palabras, estos cambios de vía o puentes verbales es la de anudar distintos círculos asociativos inconscientes, pero que se conectan a través de estas vías o *puntos nodales*. Y no casualmente estos círculos de representaciones implican la problemática edípica, como veremos inmediatamente. *Con esto quisiéramos sugerir que el Complejo de Edipo es más un acontecimiento de discurso que una hipótesis etiológica o explicativa*. Sigue Freud: “Ambos círculos coinciden en uno: La mamá ha recibido las dos cosas del papá, la mojadura sexual y el fluor, que ensucia. Los celos hacia la mamá son inseparables del círculo de pensamientos del amor hacia el padre, llamado aquí como protector. Pero este material no es todavía susceptible de figuración. Ahora bien, si se halla un recuerdo que mantenga con los dos círculos de la ‘mojadura’ una relación parecidamente buena, pero evite lo chocante, ése será el que podrá tomar sobre sí la subrogación en el contenido del sueño” (ibid). Es decir que volvemos a encontrarnos con “el amor hacia el padre”, sólo que ahora lo abordamos desde una perspectiva metodológica o técnica. Por otro lado, un material reprimido no accede a la consciencia si no es primero desfigurado, sea en el sueño o en el discurso, que es lo mismo, ya que el sueño es su relato.

Por eso hay un recuerdo en particular que sirve a estos fines. ¿Cuál? “Tal recuerdo se encuentra en el episodio de

las ‘gotas’ que la mamá deseaba como alhaja. En apariencia, el enlace de la reminiscencia con los dos círculos, el de la mojadura sexual y el del ensuciamiento, es exterior, superficial, mediado por las palabras, pues ‘gotas’ se usa como ‘cambio de vía’, como palabra de doble sentido, y ‘alhaja’ en lugar de ‘limpio’ es un opuesto algo forzado a ‘ensuciado’ (...). El recuerdo proviene del material de los celos hacia la mamá, celos de raíz infantil, pero proseguidos hasta mucho después. A través de ambos puentes verbales, todo el significado que adhiere a las representaciones del comercio sexual entre los padres, de la contracción del fluor y de la martirizadora manía de limpieza de la mamá puede ser transferido a una única reminiscencia, la de las ‘gotas – alhaja’ (ibid).

La reminiscencia a la que hace alusión Freud es la ya citada: “Hace unos cuatro años (un año antes del sueño) hubo una gran disputa entre papá y mamá a causa de una alhaja. Ella quería algo muy especial, unos pendientes de gotas de perlas {Tropfen von Perlen}. Pero a papá no le gustaban, y en lugar de las gotas le trajo una pulsera. Ella se puso furiosa y le dijo que ya que había gastado tanto dinero en regalarle algo que no le gustaba, que se lo regalase a otra”. Al inicio de este apartado habíamos dejado una pregunta abierta sobre el deseo insatisfecho en Dora. Si bien Freud pinta el cuadro clínico diciendo que la muchacha no estaba satisfecha ni consigo misma ni con los suyos, no creemos que sea allí donde se encuentra lo central del asunto, sino en este recuerdo. Es en este recuerdo que puede ubicarse cómo el *deseo insatisfecho* de Dora se anuda al *deseo insatisfecho* de la madre; se trata de algo que “la mamá deseaba como alhaja”, y casualmente, ese deseo queda insatisfecho, la mamá no recibe lo que deseaba. Pero hay más. Aquí también encontramos en el discurso materno que Dora hace suyo, la dimensión de la Otra: “ya que había gastado tanto dinero en regalarle algo que no le gustaba, que se lo regalase a otra”.

Es en este punto preciso que se puede ubicar el *complejo de castración femenino*; es decir se constata la ambigüedad de la castración en la mujer, donde ésta siempre remite a la propia y a la materna, anclaje de la envidia del pene. Esta lectura se evidencia en que Freud suponga que Dora “se refugia en su padre”, en el amor al padre. El amor al padre en la histeria se soporta así de un deseo fálico, que perpetúa el deseo insatisfecho e imposibilita el despliegue de la pregunta por la femineidad. Lo que se juega entonces entre “mojadura”, “gotas” y “catarro” no es otra cosa que el Complejo de Edipo positivo, siendo esos los significantes con los cuales Dora articula dicha problemática. De aquí a sostener que el Complejo de Edipo es una estructura simbólica que gira en torno al “Nombre – del – Padre” no hay más que un paso.

También aparecen ciertas palabras en el discurso de Dora que son formas despectivas literales –significantes– de designar a “la mujer”. La primera es “Frauenzimmer”. En el primer sueño aparece la frase “dejar abierta o cerrada la habi-

tación”. “Habitación” se dice “*zimmer*”, y es aquí donde Freud remite esta palabra a “*Frauenzimmer*”. Recordemos de todas maneras la ocasión reciente del sueño: luego de la escena del lago, Dora hace la siesta en un sofá y al despertar el Sr. K. está frente a ella. En el sueño, el padre está frente a su cama, siendo este el contexto de la frase “dejar abierta o cerrada la habitación”.

La segunda palabra que tiene un significado ambiguo es “*Schachtel*” (Freud, 2000, p. 85), que quiere decir “cajita” pero también es una palabra despectiva para aludir a una mujer. El día anterior al sueño, Dora buscaba un álbum con postales. Este álbum estaba en una cajita (“*Schachtel*”) de postales que no aparecía. Entonces le pregunta a su madre “¿Dónde está la cajita?”. Freud sostiene que dadas las asociaciones de Dora, es lícito sustituir esta frase por la frase onírica “¿Dónde está la estación ferroviaria?”. Siguiendo la misma lógica, es lícito entonces sustituir “estación ferroviaria” por “cajita”.

La tercera de estas palabras, que degrada a la mujer en su literalidad, es “*Weibsbild*” (Freud, 2000, p. 87), que quiere decir “ninfa”, palabra que también designa “mujer” en términos peyorativos.

La cuestión de las “ninfas” se presentaba relacionada a la representación —en el segundo sueño— de una “geografía sexual simbólica” (Freud, 2000, p. 87 – 88). También aquí encontramos el determinismo de un significante: el significante “patio” (“*Hof*”). Hay tres palabras que enseñan en este punto la determinación del significante; ellas son: “*Bahnhof*” (“patio de vías”, estación ferroviaria), “*Friedhof*” (“patio de paz”, cementerio) y “*Vorhof*” (“patio anterior”, la vulva femenina). Es en este recorrido que Lacan sitúa la pregunta no formulada por la femineidad: “esta pregunta se centra en el contenido y la articulación de todos sus sueños, —el joyero, *Bahnhof*, *Friedhof*, *Vorhof*, cuyo único significado es esta pregunta misma” (Lacan, 2002, p. 148). Dora se pregunta a través de sus síntomas qué es ser una mujer, y esos síntomas “son elementos significantes” (ibid).

Parece entonces que el concepto de “*cambio de vía*” es realmente fundamental si queremos comprender la construcción freudiana sobre la histeria, especialmente si queremos comprender su *lógica de formación de síntomas*. Nos detendremos en algunos párrafos del texto “*Pulsiones y destinos de pulsión*” de 1915 para terminar de delinear lo fundamental de este concepto. La pregunta que nos orienta en este tramo del recorrido es la siguiente: ¿pueden los significantes —las palabras— incidir en la satisfacción pulsional? ¿Se puede conmovir una fijación pulsional a través del significante? O bien: ¿la “solicitud somática” es inamovible o puede ser trastocada desde lo anímico? Todas estas preguntas convergen en el concepto de “pulsión”. ¿Por qué? Porque fue con este concepto que Freud pensó estos problemas, es decir, el cómo se relaciona lo psíquico con lo somático. Pero aquí animamos otros nuevos problemas, ya que la pulsión no es psíquica, sino que más bien Freud la deja del lado de lo orgánico. Ahora bien, si esto es así,

¿cómo se conmueven las satisfacciones pulsionales vía la palabra? Pues bien, *cabe suponer que hay puntos —discursivos— en los cuales lo pulsional y el significante se encuentran*. En Freud esa zona es nombrada como “agencia representante psíquica” de la pulsión; es aquello que representa a lo pulsional en lo psíquico, precisamente porque la pulsión no es psíquica, sino ¿para qué necesitaría un *representante*? Este es el marco con el cual quisiéramos acercarnos a la lectura de *Pulsiones y destinos de pulsión*, ya que es en este contexto que vuelve a aparecer el concepto de “*cambios de vía*”, y no por casualidad. Hay que tener en cuenta que en 1901, cuando Freud escribe el historial de Dora no contaba con el concepto de pulsión, pero sí con algunas ideas que lo hacían pensar en algo de ese orden, como bien puede constatarse si se lee el “*Proyecto de psicología para neurólogos*” de 1895. El problema, entonces, es que si no existen al menos algunos puntos de contacto entre las fijaciones pulsionales y los significantes, no habría manera de levantar un síntoma histérico vía la palabra, y la clínica demuestra que esto sí sucede. ¿Cómo lo explicamos?

Vayamos ahora sí a “*Pulsiones y destinos de pulsión*”. Es en relación a las pulsiones sexuales que Freud nos habla nuevamente de los “*cambios de vía*”, pero más específicamente, aludiendo al *objeto* de estas pulsiones. Dice Freud: “*con miras a una caracterización general de las pulsiones sexuales puede enunciarse lo siguiente: son numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales. En su primera aparición se apuntalan en las pulsiones de conservación, de las que sólo poco a poco se desasenan; también en el hallazgo de objeto siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas. Una parte de ellas continúan asociadas toda la vida a estas últimas, las cuales proveen de componentes libidinosos que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad. Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos {cambios de vía}. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones —meta originarias (sublimación)*” (Freud, 2001, p. 121). Es entonces en relación al *objeto* de la pulsión sexual que Freud nos habla de “*cambios de vía*”. “*El objeto {Objekt} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina solo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio. En el curso de los destinos vita-*

les de la pulsión puede sufrir un número cualquiera de cambios de vía {Wechsel}; a este desplazamiento de la pulsión le corresponden los más significativos papeles” (Freud, 2001, p. 118). ¿Cuáles son dichos “significativos papeles” que Freud no despliega?

Cabe insertar aquí la hipótesis siguiente: *los cambios de vía asociativa tal como los encontrábamos en el historial de Dora están directamente relacionados con los desplazamientos de la pulsión, con la posibilidad de que la pulsión cambie de objeto, y por eso Freud sostiene que este proceso tiene “los más significativos papeles”, concepto que desemboca inevitablemente en el de “sublimación”*. Y quizás haya sido este recorrido el que llevó a Lacan a decir lo siguiente respecto a la interpretación en Freud: “cuando denuncia una (...) Trieb, el frescor del descubrimiento nos enmascara lo que la Trieb implica en sí de un advenimiento de *significante*” (Lacan, 1988, p. 577). Sólo se puede entonces incidir sobre la satisfacción pulsional interviniendo sobre los *significantes de la pulsión*, que en última instancia no son otra cosa que *Demandas*, noción que Lacan plasma en un matema que hallamos en el grafo del deseo: “($\$ \diamond D$)”. Es conmoviendo las diversas posiciones del *Sujeto* ante los distintos niveles de la *Demanda* como puede ser trastocada la satisfacción pulsional.

Algunas conclusiones

Nos hemos detenido en el análisis detallado del caso Dora para justificar su relectura desde una perspectiva metodológica y epistemológica, y este mismo recorrido no hizo más que corroborar que en psicoanálisis la metodología es indisoluble de la clínica.

Resaltamos el concepto de “*cambio de vía*” ya que a nuestro criterio no se lo suele destacar debidamente y todo

indica que es fundamental si se pretende otorgarle al psicoanálisis y a sus conceptos un fundamento epistemológico sólido. Consideramos que no es sin este concepto freudiano que Lacan construye el suyo de “Significante”, y esta tesis puede rastrearse en muchos otros textos freudianos que en este trabajo hemos dejado voluntariamente de lado, por ejemplo “*Sobre el olvido de nombres propios*” de la “*Psicopatología de la vida cotidiana*” o el texto “*Sobre los recuerdos encubridores*”, siendo todos ellos paradigmáticos en el cómo Freud utiliza el concepto de “*cambio de vía*”, aunque no siempre lo mencione explícitamente en esos términos.

Referencias

- Freud, S. (2000). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Orig. 1901-1905).
- Freud, S. (2001). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Orig. 1915).
- Lacan, J. (2002). *La relación de objeto*. El seminario. Libro 4. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Orig. 1956-1957).
- Lacan, J. (2008). *De un otro al otro*. El seminario. Libro 16. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Orig. 1968-1969).
- Lacan, J. *L'insu que sait de l'une - bévue s'aile à mourre* (1976-1977). El seminario. Libro 24. Archivos del autor.
- Lacan, J. (1988). *La dirección de la cura y los principios de su poder*. Escritos 2, México DF, México: Siglo XXI Editores. (Orig. 1958).

Received December 21, 2011
Revision received March 21, 2012
Accepted March 26, 2012